

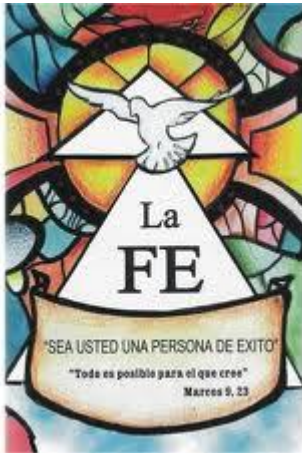
DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

SE EXTRAÑÓ DE SU FALTA DE FE

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Ezequiel 2, 2-5; II Corintios 12, 7-10; Marcos 6, 1-6

1. La primera lectura, por medio de la cual Dios nos ha hablado, está tomada de Ezequiel, que fue un sacerdote y profeta hebreo exiliado a Babilonia. Su labor



consistió principalmente en amonestar al pueblo de Dios invitándolo al arrepentimiento y a combatir la idolatría, la corrupción por las malas costumbres y las ideas erróneas acerca del pronto regreso a Jerusalén. El texto escuchado forma parte del prólogo del libro que relata el llamamiento del profeta: *oí que me decía: ... yo te envió a los israelitas, a un pueblo rebelde, que se ha rebelado contra mí.*

Ezequiel es uno más de los miles y miles de hombres y mujeres que, en la historia de la salvación, han sido llamados por Dios para ser enviados a desempeñar una misión o tarea a favor de sus hermanos: Abraham, Moisés, Juan el Bautista, la Virgen, san José, los sacerdotes, los religiosos, los misioneros... Y es que la salvación de Dios es una historia de mediaciones, que participan todas ellas y colaboran con el único mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo.

2. El evangelio que el sacerdote ha proclamado nos presenta a Cristo llevando a cabo la tarea evangelizadora encomendada por el Padre. Como ha ocurrido con relativa frecuencia, y ocurrirá hasta el final de los tiempos, el mismo Jesús, el Maestro por excelencia, encuentra poca acogida en la sinagoga de Nazaret. Tan es así que el evangelista comenta: *no pudo hacer allí ningún milagro... y se extrañó de su falta de fe.* ¿Jesucristo se quedó sorprendido y decepcionado por la falta de fe de sus paisanos? San Beda, monje cisterciense llamado el Venerable, nos ha dejado este texto, que es como respuesta al interrogante planteado: *Jesús no se asombraba como de una cosa no esperada e imprevista, puesto que conoce todas las cosas, aun antes de ser hechas; pero, conociendo hasta lo más secreto de los corazones, manifiesta delante de los hombres que se asombra de lo que quiere que se asombren los hombres.*

El Señor quiere que tengamos asombro ante la falta de fe que pueda darse, y que sintamos admiración, como la sintió Jesús por la fe del centurión de Cafarnaúm: *os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.* La fe es una virtud sobrenatural infundida por Dios en nuestra alma, el día de nuestro bautismo, al recibir la gracia santificante, de la cual santo Tomás dice: *el más mínimo grado de gracia santificante vale más que todos los dones naturales juntos.*

3. Como sabemos, la fe es una de las tres virtudes teologales junto con la esperanza y la caridad. Por su origen y su objeto es sobrenatural, por eso es don totalmente gratuito, que nos podemos merecer. Por la fe, aceptamos todo lo que Dios ha revelado, no porque lo comprendamos, sino porque Dios nos lo ha dicho y Dios no puede ni engañarse ni engañarnos. Por la fe, creemos y aceptamos a Cristo en nuestra vida, lo cual quiere decir que intentamos vivir de manera comprometida con Él. La fe es tan importante que Jesús nos dijo: *el que crea y se bautice, se salvará; el que se resista a creer, será condenado*. Y en la carta a los hebreos está escrito: *sin fe es imposible agradar a Dios*.

Por puro amor de Dios hemos recibido la fe verdadera sin merecerla. Dios ha sido bueno con nosotros, muy bueno. Una primera actitud, que permanentemente debe darse en nosotros, es nuestra acción de gracias por el don maravilloso de la fe. Junto a ese dar gracias frecuentes por nuestra fe, hemos de defender y formar nuestra fe. Defenderla, porque hay lobos disfrazados de ovejas que pueden intentar mostrarnos como verdadero y bueno lo que en sí mismo es malo y falso, pues no coincide con lo que Dios ha revelado de cara a la salvación de los hombres. Siempre las enseñanzas de la Iglesia nos sacarán de dudas y nos indicarán cuál es el camino verdadero.

4. Por otra parte -lo decíamos hace un momento-, hay que formar la fe recibida en el bautismo. Formación doctrinal, en primer lugar, mediante las catequesis, las lecturas bien orientadas, el estudio de la teología, o las reuniones de grupo. Pero también formación ascética y vida de piedad, cultivando la oración personal y comunitaria, pasar ratos largos ante el sagrario, la recepción frecuente de los sacramentos y, de modo especial, la participación en la Eucaristía dominical y en la Eucaristía de cada día, si nos es posible.

*Pero la fe, para ser auténtica, tiene que ser efectiva, operativa, fecunda, fuente de buenas obras... No se nos dio la fe solamente para conocer o creer, sino también para obrar y poner en práctica lo que creemos. ¿De qué sirve decir "Creo en Dios", si despreciamos sus Mandamientos? ¿"Creo en Jesucristo," si no vivimos conforme a su ejemplo? ¿"Creo en el cielo y en el infierno", si no hacemos por merecer éste y evitar aquél? ¿"Creo en el perdón de los pecados", si estamos alejados de la práctica sacramental, de la confesión y de la Eucaristía? Son palabras de un autor actual. Las buenas obras son importantísimas, incluso, necesarias, pues son reflejo directo de nuestra fe. Nuestra fe queda autenticada con nuestras obras, cuando éstas son concordes con la fe que profesamos. Hasta tal punto son necesarias las obras, que el apóstol Santiago, inspirado por Dios, enseña con total rotundidad que la fe sin obras está muerta. Nuestro obrar ha de estar siempre de acuerdo con nuestro creer. No puede ir por un lado nuestra fe y, por otro diferente, nuestras obras de cada día. Benedicto XVI dice en la **Porta fidei** que *lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin*.*

5. Le pedimos a la Virgen que vivamos como Ella la fe recibida del Señor.